Meter los cuartos donde urge

***Antón Costas**, Catedrático de Política Económica de la Universitat de Barcelona (EL PERIODICO, 08/05/05)*

Un río de indignación invade estos días el ánimo de muchos ciudadanos en Catalunya. He visto cómo hasta a los más templados se les ha alterado el carácter ante los adjetivos y epítetos lanzados por **José Bono, Esperanza Aguirre** o **Juan Carlos Rodríguez Ibarra** contra la propuesta financiación del Gobierno tripartito de **Pasqual Maragall.** Con la retórica sonora que le define, **Ibarra** ha recomendado "que se metan los cuartos donde les quepan". Si ésta es la España real, que se pare que me bajo, han pensado algunos. Pero harán bien en no dejarse llevar por la indignación. Tengo la seguridad de que estas salidas de tono no son compartidas por la mayor parte de los españoles de a pie.

Sin duda, la propuesta de cambio del modelo de financiación puede hacer más incómoda la vida a las nuevas élites políticas regionales surgidas con las autonomías, y más exigente la gestión del dinero público que reciben, pero esto no tiene por qué perjudicar a la solidaridad entre los españoles. Lo que sí es cierto es que esa propuesta nos obliga a dedicar un poco de tiempo a pensar cómo han ido las cosas en estos 25 años de Estado autonómico, y ver si es conveniente hacer algún cambio. Lo primero que hay que señalar es que ha funcionado razonablemente bien. Todos los datos demuestran que el actual sistema de financiación común ha tenido un fuerte efecto redistributivo. Las diferencias que existen en la clasificación de las comunidades autónomas, cuando se ordenan según su capacidad de creación de riqueza, es decir de producto interior bruto (PIB) por habitante, se ven reducidas, y el propio *ranking* cambia cuando esa clasificación se hace de acuerdo con la renta final por persona. La solidaridad, por tanto, ha funcionado. Y lo ha hecho porque Catalunya ha actuado desde el inicio del Estado de las autonomías como el más importante motor de ese efecto igualador.

Ahora de lo que se trata no es de poner límites a la solidaridad, como algunos han llegado a proponer desde Catalunya, sino de ver qué tenemos que hacer para que ningún español, viva donde viva, quede discriminado, y para que el crecimiento catalán que alimenta la solidaridad no se debilite. En primer lugar, si lo entiendo bien, lo que está diciendo **Pasqual Maragall** es que la solidaridad bien entendida comienza por uno mismo. En Catalunya hay muchas personas que viven por debajo del nivel de renta media española y que no tienen acceso a los servicios públicos en condiciones similares a otras comunidades. No sería justo que los pobres que residen en las comunidades ricas vivan peor que los pobres de las comunidades menos desarrolladas; o, dicho de otra forma, sería injusto que los pobres de las comunidades ricas estuviesen financiando con sus impuestos las subvenciones que tienen los ricos de las comunidades más pobres, cuando, por ejemplo, pueden utilizar autopistas o autovías gratuitas. Por eso está bien que **Maragall** vincule la reforma de la financiación con el objetivo de la "reforma social", y no con el nacionalismo.

Pero para hacer más creíble este planteamiento, el debate del cambio del modelo de financiación y de las balanzas fiscales debería ir acompañado de otro que analice en qué se gastan los cuartos las distintas administraciones públicas, incluida la catalana. Porque sabemos lo que reciben, pero no cómo lo gastan. No conozco ningún estudio, pero todos tenemos la impresión de que en muchos casos esos cuartos se han utilizado de forma alegre para crear redes de clientelismo político, alimentar

amiguismos, crear televisiones públicas de uso partidista y para otros usos que difícilmente se pueden relacionar precisamente con la solidaridad. Vamos, algo similar a lo que ocurre con las subvenciones a la agricultura, que sólo en pequeña medida benefician a los que realmente lo necesitan.

En segundo lugar, lo que está diciendo **Maragall** es que ahora hay que invertir más en la economía catalana, porque está dando síntomas claros de fatiga. Desde hace nueve años crece por debajo de la media española, y su inflación está sistemáticamente por encima. El problema se agrava si tenemos en cuenta que Catalunya es, por su base industrial, la comunidad autónoma que más vende en el exterior. Pero la falta de inversiones públicas en infraestructuras de transportes y comunicaciones no sólo perjudica la competitividad y la capacidad de empleo en Catalunya, sino a todas aquellas otras comunidades, Aragón, Valencia o Andalucía, que exportan hacia Europa o el resto del mundo a través de las carreteras, puertos y aeropuertos de Catalunya. Invertir en la economía catalana interesa a todos los españoles.

Un símil nos puede ayudar a comprender la situación. La España autonómica es como un tren formado por 19 vagones, cada uno con ciertas peculiaridades propias. Cuando ese tren arrancó en 1979, había vagones de primera y de segunda, pero a lo largo de estos 25 años de democracia y Estado de las autonomías esas diferencias en el equipamiento de los distintos vagones han ido desapareciendo. Pero ahora conviene que dediquemos atención a las máquinas que van en cabeza, porque dan síntomas de fatiga, y de poco serviría tener vagones bien equipados si el tren no tira. Por tanto, a mi juicio la cuestión no es que los catalanes se metan los cuartos donde les quepan, sino que acertemos a meterlos donde más nos interese a todos. Y si el interés general es mantener la solidaridad, se deben atender las demandas de Catalunya, aunque al final no sea exactamente de la manera en como se formulan.